

# BUEN HUMOR

40 CENTIMOS



- ¡Qué feo es ese don Enrique!  
—Menos mal que tiene una de las mayores fortunas.  
—¡No, si fijándose una bien en él no es tan feo!

Ayuntamiento de Madrid

Dib. BOSCH. Barcelona.





# CREMA

# LIDA

## RECONSTITUYENTE

Es un preparado único, con propiedades maravillosamente curativas y reconstituyentes. La epidermis lo absorbe como las plantas el riego. Alimenta los tejidos y aumenta su elasticidad; limpia los poros de toda impureza y materia exterior nociva; blanquea y conserva el cutis; borra paulatinamente las arrugas, surcos y depresiones faciales, aplicándola en la dirección que en el dibujo marcan las flechas, y devuelve al rostro su tersura y lozanía

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1  
MADRID



# NUESTROS CONCURSOS

EL DEL MES DE  
NOVIEMBRE

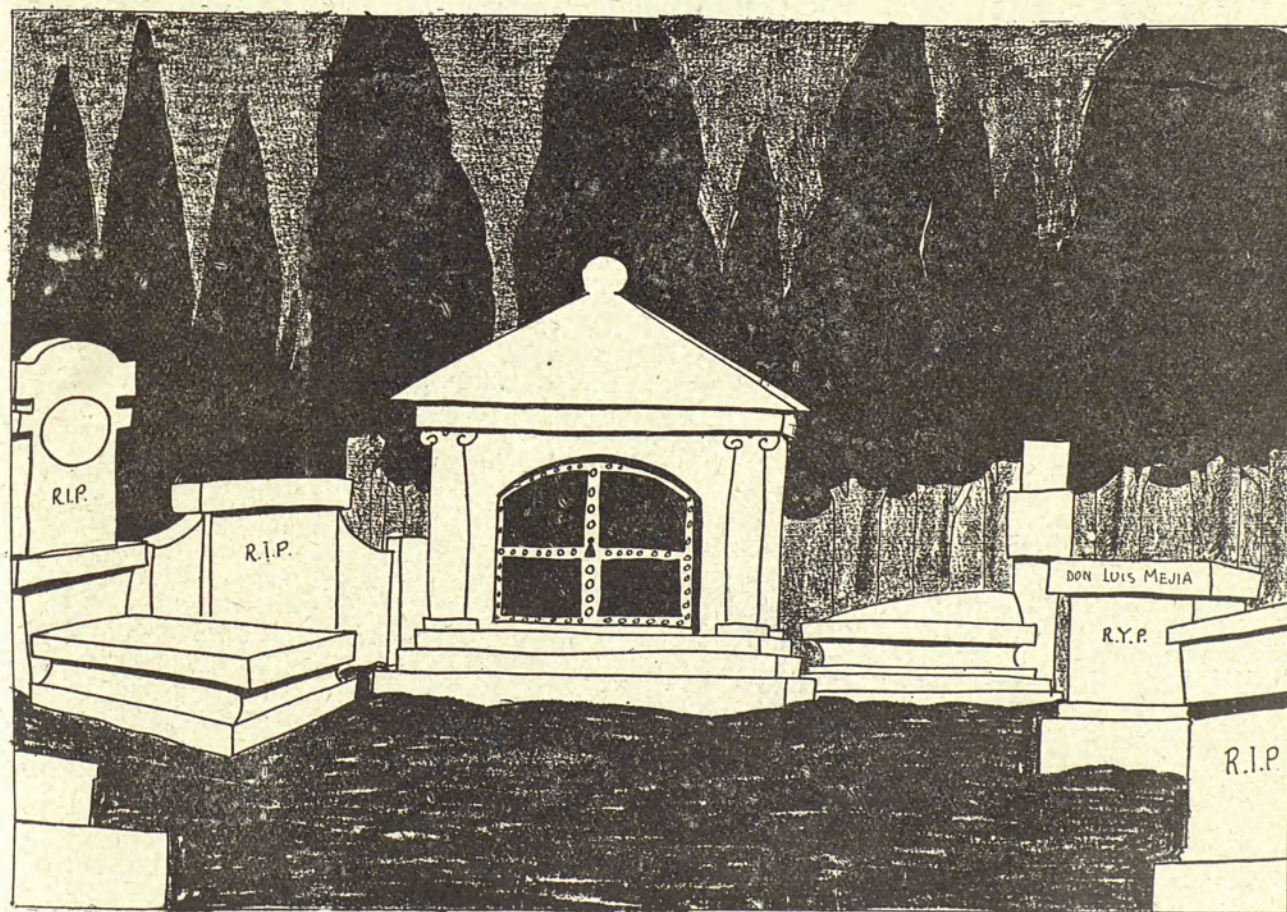
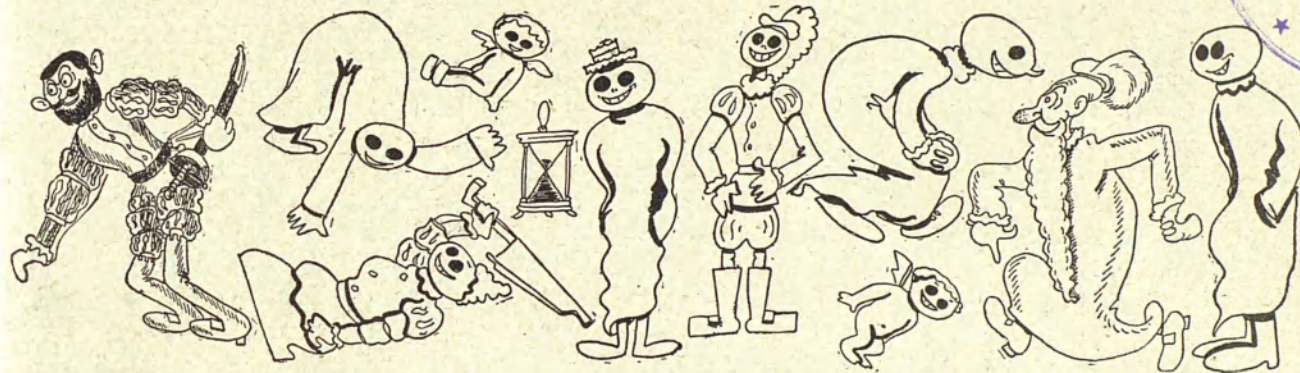
Como estamos en el mes del «Tenorio», de las castañas y de los difuntos, damos un succulento concurso, muy apropiado para estos días. Como verán nuestros caros lectores que se fijen un poco, se trata de la escena «cumbre» del drama del difunto don José Zorrilla, escena que tanto canguelo nos daba de chicos. Pero como habrán observado, el decorado y los personajes—El comendador, Don Juanito, las estatuas y el reloj de arena—se hallan cada uno por su lado. Se trata, pues, de que recorten los antedichos personajes y personajitos y los peguen con goma o con una estaca en su lugar co-

rrespondiente del negruzco fondo que va en esta página. Al lector que acierte en la distribución adecuada le obsequiaremos con un billete de

## CIEN PESETAS

sin estampillar. Conque ¡ánimo y a luchar por los veinte «ojos de buey»!

El plazo de admisión de soluciones termina a las 24 del día 30 del presente mes de noviembre.





# NUESTROS CONCURSOS

## EL DEL MES DE OCTUBRE

### SEGUNDA LISTA DE SOLUCIONISTAS

Juan Martínez, de Tarragona.  
 José María Ferrer, de Binéfar.  
 Herminio Cantos, de Barcelona.  
 Lo-Hor, de Tetuán.  
 María Tortajada, de Madrid.  
 Rosina Ferrer, de Melilla.  
 Pedro Escalera, de Madrid.  
 Salvador Dosi (S. V. C. E.), de Valencia.  
 Emilio Panach Ramos (S. V. C. E), de Valencia.  
 Aureliano Caudete, de Cuenca.  
 Saturio San Emérito, de Renedo de Pielagos.  
 Rosendo Acevedo, de Albacete.  
 Emilio Santos, de Avila.  
 Segundo Alonso, de Reinosa.  
 Julita Fons, de Puebla de Alcocer.  
 Carolina Sáinz, de Cádiz.  
 Julián Ortega, de Palencia.

German Gazminde, de Valladolid.  
 Fernando Quirós, de Segovia.  
 Tomás Rivas, de Port-Bou.  
 María Cos, de Cabuérniga.  
 Anita Mariño, de Grove.  
 Rosario Puente, de Cádiz.  
 Bernardino P. Arias, de Sevilla.  
 Cándido Ortega, de Palencia.  
 Alfredo Portolés, de Zaragoza.  
 Arturo G. Candamo, de Reinosa.  
 Luis Cabezón, de Brunete.  
 Ricardo Montoya, de Córdoba.  
 Alfredo Zazo, de Cieza.  
 Arturo Arias, de Llanes.  
 José Montoro, de Zamora.  
 Honorio Ramos, de Astorga.  
 Gonzalo Jover, de La Bañeza.  
 Conchita Martínez, de Tetuán.  
 Germán Ruiz Gil, de Almansa.  
 Carmen Bielsa, de Madrid.

José María Escolar, de Madrid.  
 José Navarro, de Madrid.  
 Guillermo Sampedro, de Madrid.  
 Cirilo Párraga, de Infiesto.  
 Antero Roig Novo, de Reus.  
 Leocadio Ruiz, de Lugo.  
 Herminio Zárate, de Palencia.  
 Julián García, de Espinosa de los Monteros.  
 Emilio Suárez, de Alicante.  
 Justino Fuente, de Almería.  
 Joaquín Díez, de Almagro.  
 Lorenzo Cortavitarte, de Simanca.  
 Ludivina Crespo, de Avilés.  
 Antonio Cacho, de Polanco.  
 Benito Alcocer, de Arévalo.  
 Diego Santos, de Valladolid.  
 Paulino Barguín, de Selaya.  
 Miguel Asuero, de Bilbao.  
 Enrique Cayon, de Algeciras.

#### Benito Pelegrín

EL SIGLO XX

Bravo Murillo, 99

Almacén de tejidos y confecciones. Inmenso surtido en camisería, ropa blanca y géneros de punto. Casa popular y prestigiosa.

Los hermanos Suárez y Cándido Orejas, si el uno trabaja, los otros no cejan.

Por ello han logrado, tras de esfuerzos mil, el justo prestigio que hoy goza su casa

«NUEVA MERCANTIL»

Plaza Matute, 6, duplicado.



—¿Por qué quiere usted que le conceda permiso para marcharse?

—Porque es mi boda, ¿sabe usted?, y me gustaría asistir a ella...

(De Everybody's.)

#### Filocalia

Droguería, perfumería y artículos de limpieza. Precios económicos. Servicio a domicilio.

**RICARDO GARCÍA**

Fernando VI, 10.—Tel. 34370  
 Madrid.

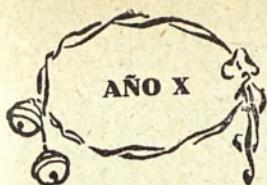
#### CASA BOTIN

Sucursal en la Dehesa de la Villa.—Camino de Valdeco-  
 nejos, 15.—Teléfono 30708

Plaza de Herradores, 7.—  
 Madrid.—Teléfono 10.319

La Casa más antigua y popular de Madrid en su género.





## MEDITACIONES FILOSOFICAS MIAS Y DE USTEDES TAMBIEN, SI SE EMPEÑAN

Es verdaderamente lamentable que en algunos rascacielos de los más famosos del mundo haya chinches.

Y decimos que es lamentable, porque no hay derecho a que, mientras el edificio rasca el cielo, el inquilino tenga que rascar la mar de sitios.

\*\*\*

También resulta muy triste que en Estocolmo no esté autorizada la mendicidad; pero que, por excepción injusta, si hay algún mendigo que pueda demostrar que tiene unos miles de duros en el Banco, se le consienta que pida.

Y con la agravante de que no puede hacerlo con ropa andrajosa y llena de *sietes*.

¡Vamos, para decirlo claro, que en Estocolmo, con *siete*, no se pide!...

\*\*\*

Me ha costado muchísimas horas de llanto acerbo el llegar a saber que los chinos, por muy buenas personas que parezcan, no tienen más que un apellido.

¿Verdad que no lo debían tolerar?

Realmente, es una cosa que no tiene nombre.

\*\*\*

En unos de mis innumerables viajes a Berlín, tuve la sorpresa de que en cierta calle céntrica me abordase un ciudadano chatísimo, de chatez

imponente, para entregarme un programa de una sesión de boxeo, redactado en esta forma:

«El famoso púgil Fritz Gansen, que figura como favorito en el *match* de mañana, ha puesto siempre las narices de sus contrincantes en el ridículo estado en que se encuentran las del individuo que tiene el honor de repartir este prospecto a los aficionados berlineses.»

No hay que decir la severidad indecente con que calificó tan antifraternal manera de obligar a ganarse la vida a un pobre chato, quizás aprovechándose de que no podía meter las narices en otra parte mejor.

\*\*\*

¿Hablaban o no hablaba el león de la casa de fieras que yo estaba visitando en aquel momento?

A mí me parecía que sí, a pesar de las sonrisas incrédulas y algo estúpidas de los clientes que estaban a mi lado.

Por lo menos, yo puedo jurar que al león, bien claramente, estas palabras categóricas:

—¡Estoy indignado con el letrero que han puesto en lo alto de esta jaula, en que me han cerrado impunemente!... El referido letrero dice *Félix leo*, pero esas son dos miserables mentiras... Yo, ni me llamo Félix, ni leo nada, porque no sé leer... ¿A qué viene eso? ¡Son ganas de tomarle a uno la melena!...

\*\*\*

La filosofía me ha enseñado que la Humanidad no realiza todos los trabajos que puede, y que renuncia a ciertos descubrimientos sensacionales porque su vagancia ingénita se lo impide.

Hay cosas grandes, que uno barrunta que podrían hacerse, y que no se hacen porque el que las tenía que hacer prefiere irse al café a leer el periódico.

Por ejemplo: yo estoy seguro de que el elefante es un animal comestible, y de que no lo comemos porque no ha habido un carnicero que quiera perder el tiempo en partirlle en filetes, tarea en la que consumiría lo mejor de su vida, ¡tal vez toda ella!...

Y es una lástima, porque habría que ver el éxito que tendrían los escalopes de elefante en ciertos *cabarets* distinguidos, que hoy no tienen más remedio que irse defendiendo con la cocina vasca.

\*\*\*

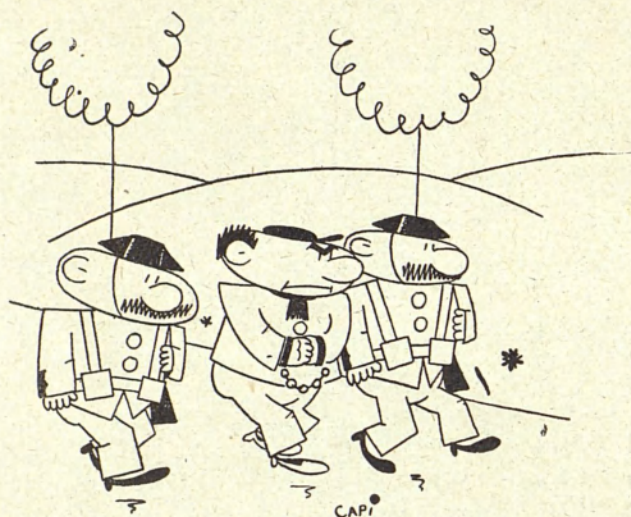
Pensamiento mío, elaborado en la época en que, además de poeta encarnizado, era socio de un *club* alpinista y dominguero:

«Las altas cumbres de las montañas nevadas son blancas. Pero el que tiene que cruzar por ellas, las pasa negras.»

\*\*\*

La impresión terrorífica más formidable que he recibido en mi vida





—¡Y pensar que he matado a mi mujer para verme ahora con dos esposas...!

Dib. CAPI. Madrid



—¡Qué desgraciado soy! Ahora que baja el precio de los huevos es cuando mis gallinas ponen más.

Eib. CORREA. Aranda.

fué la que me produjo la noticia del suicidio del célebre modisto de señoras John Carisbay, que, como ustedes seguramente no recordarán, atentó contra su existencia, allá por el año 1911, tomándose una disolución de ballenas.

¿Quieren ustedes una cosa más espantosa?

Claro está que conviene advertir que las ballenas no eran de estas que andan por el mar, aunque ustedes ya lo habrán supuesto, porque esas ballenas no son fáciles de disolver en un vaso de agua, aunque se rate de una ballena sola y aunque el vaso sea lo más grande posible.

Conste, pues, que las ballenas eran las que utilizaba Carisbay para hacer los cuerpos de las señoras y que utilizó para deshacerse el suyo, en uso de su perfectísimo derecho; pero esto no quita ni el más mínimo horror al suicidio referido, y explica perfectamente el que no se haya borrado de mi memoria, a pesar de los años y de los tranvías que han pasado desde entonces.

\*\*\*

He pensado muchísimas veces en lo absurdo que es el que, en estos tiempos de confort y adelantos industriales, no se haya decidido todavía dotar a los automóviles de un *water-closet*, por si hay viajeros que van con demasiadas prisas.

Sería lógico y correcto.

\*\*\*

Aplaudo la decisión de un guardia de la porra de Buenos Aires que el otro día detuvo a un transeúnte manco por contravenir las órdenes sobre circulación.

Resulta que el manco no quería ir por su mano.

Hizo bien el guardia en obligarle.

ERNESTO POLO.





El director de un gran Banco guardando sus ahorros.

Dib. SAMA. Madrid,



# MI PIANO Y YO

Corría el año 1914...  
 Entré en la tienda.  
 Iba a comprar un piano.  
 El vendedor me sonrió, enseñándome la doble fila de sus dientes.  
 —Quiero un piano—le dije.  
 —¿De qué tipo?—indagó.  
 —Bueno—le respondí.  
 —Me refiero al formato. ¿Vertical, de media cola?  
 —Veamos.  
 Me mostró un piano de cola.  
 Yo levanté su tapa.  
 Entonces fué el piano el que me sonrió, enseñándome la fila de los blanquísimos dientes de su teclado.  
 —¿Quiere dejarme a solas con él?  
 —rogué al empleado—. Quiero hablarle.  
 —¿Eh? ¿Con el piano?  
 —Sí. ¿Qué de particular tiene?  
 —No, nada.  
 Y se alejó pálido, cerrando la puerta por fuera.  
 Quedé o salas con el piano.  
 —¿Podemos hablar?—pregunté.  
 —¿Por qué no? ¿Cómo estás?  
 —contestó, y correctamente me alargó la banqueta con una de sus patas.  
 —El empleado ha creído que estaba loco—dije, sentándome.  
 —Es para creerlo.

—Y dime: ¿no te ha extrañado a ti que yo te hablase?  
 —Ni pizca. Te noté en seguida que eras concertista.  
 —Bueno. Pues en vista de que no hay secretos entre nosotros, hablemos como dos buenos amigos. ¿Sabes a lo que vengo aquí?  
 —Me lo figuré. Si vas a comprarme harás una adquisición, porque, aunque me esté mal el decirlo, tengo unas voces preciosas, matizo admirablemente y no tengo sabañones ni durezas en los pedales. De modo que podrías apretar todo lo que te pareciese oportuno.  
 —Esa es mi intención: comprarte, y creo que no voy a tener necesidad de elegir.  
 —Lo mismo creo yo. Mira: no podrás llevar un piano vertical—¡tan pobre!—, porque desentonaría en todos sentidos. Ese ha nacido para vivir, siempre desafinado, en una casa de la clase media, donde una niña cursi arañe sus teclas y llegue a tocar en público, con sólo seis equivocaciones, la «Serenata» de Toselli. Créeme, no es piano para ti.  
 —Eso mismo creo yo.  
 —En cuanto al de media cola, te diré que es un piano de términos me-

dios. Ni de café ni de concierto. Es algo así como un militar de media gala.

—Eres justo en tus apreciaciones.  
 —¡Pchs!  
 —Y tú, como piano de cola, ¿cómo eres?

Una pausa. Un calderón.  
 —¿No te reirás de mi inmodestia?...  
 —¡Qué cosas dices! ¡De ninguna manera!...

—Yo soy un romántico. Voy siempre de etiqueta. Con mi tapa levantada, en un gesto altanero de pavo real luciendo su cola, canto temas melódicos de inefable belleza. Yo entrego gozoso mi cuerpo y mi alma a mi música y al concertista que sabe arrancármela. Un día quisieron calumniarme diciendo que mi tapa abierta era un bostezo de aburrimiento por la música a que me dedico, y lloré de rabia lágrimas bemoles de mis melodías. Y al terminar dejé de sonreír, encerrando la alegría de mis teclas en el ataúd negro de mi tapa. Pero fué sólo un día. En seguida volví a ser feliz, y lo seré siempre, mientras suene la música en mis entrañas.

—Muy bien, piano. Te compro. Hemos de recorrer juntos muchos puntos, y hemos de triunfar en todos.

Los ojos de sus luces de vela relampaguearon de alegría.

—¡Ya lo creo! ¡He de darte mis mejores sonidos!

Lo compré.

Me lo llevé a mi casa, y preparamos juntos nuestra «tourné» por el extranjero.

Me tomó un cariño loco, y yo le quise a él como a mi mejor amigo.

Mis alegrías me las endulzaba con sus joviales «marchas» y «scherzos».

Y mis penas hallaban un gran consuelo en sus «nocturnos» y «valse».

Chopin, Debussí, Rachmaninow eran nuestros comunes maestros.

¡Cuántas noches me quedé dormido sobre las teclas de mi amigo, que me acogió con un acorde amparador!...

Pero cuando cosechábamos juntos glorias y laureles (porque yo le llevaba a todas partes, a costa de grandes incomodidades), surgió la desgracia.

La guerra europea estaba en su apogeo preliminar,



—No me sacaste ni el día de la Raza ni el día de Difuntos. ¿Cuándo piensas sacarme?  
 —El día del juicio,

Dib. MONDRAGÓN. Barcelona.



La invasión germana era arrolladora.

Aquel día—¡tremendo!—tocábamos en una pequeña ciudad belga.

A la hora anunciada el concierto se dió, pese a la proximidad del enemigo.

Entré en el escenario. Allí estaba mi amigo, siempre sonriente.

Me senté.

—Estoy nervioso—le dije.

—No temas—me replicó—; estamos juntos.

—No respondo de mí.

—Anda, toca y no seas bobo. Yo estoy afinadísimo.

Y toqué. Mejor que nunca en mi vida.

La sala estaba, al acabar yo mi interpretación de la «Malagueña», de Mozkowsky, rompió el dique del silencio con la catarata de su entusiasmo.

Pero de pronto estalló una bomba cerca del teatro.

El primer momento fué de confu-

sión; pero en seguida el público se repuso y, puesto en pie, con una solemnidad espeluznante, se puso a gritar, pidiéndome el himno belga.

Me senté, sereno y dominado, e intenté tocarle, pero mi piano no sonaba. Intenté nuevamente, y fracasé de nuevo. Insistí y el piano desafinó. No me lo explicaba.

En aquel momento, cuando ya el público empezaba a increparme, pese a mi neutralidad de español, estalló una bomba en el escenario.

Caí envuelto en polvo y tierra...

Cuando volví en mí, ileso, pero medio atontado por el golpe, encontré a mi lado a mi pobre piano.

Estaba herido de muerte, horriblemente mutilado. Me miraba tristemente.

Recordé.

—¿Qué te ha sucedido? ¿Por qué no tocabas el himno belga cuando yo te lo pedía, dí?

Mi piano no me contestó, pero ade-

lantó hacia mí un rincón de su tapa, donde se leía:

«Braundesshaffen»

Berlín.

Made in Germany.

Y lo comprendí todo.

¡¡Mi piano era germanófilo!!...

Comprendí también su íntima tragedia de verse muerto por las balas hermanas después de su hermoso sacrificio patriótico, y rompí a llorar abrazado a sus rotas patas.

—¿Me perdonas?—grité sollozando.

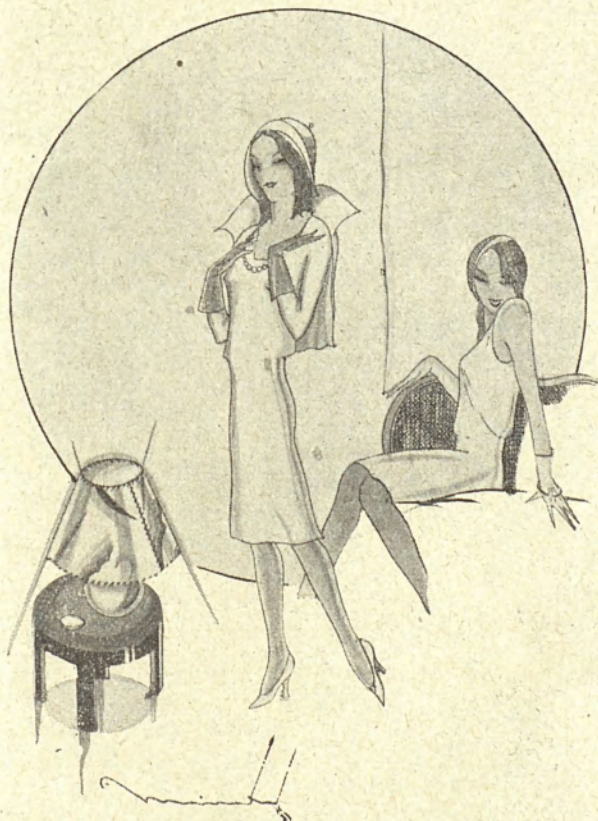
Y mi piano cayó muerto a mis pies, sin dejar de mostrarme la sonrisa de su teclado, ahora mueca triste de la muerte.

—¿Me perdonas?—volví a gritar.

Y al caer la tapa de su cola, como su postrer suspiro, una nota clara y sonora, respondió a mi desgarrada pregunta.

Esa nota era un «sí».

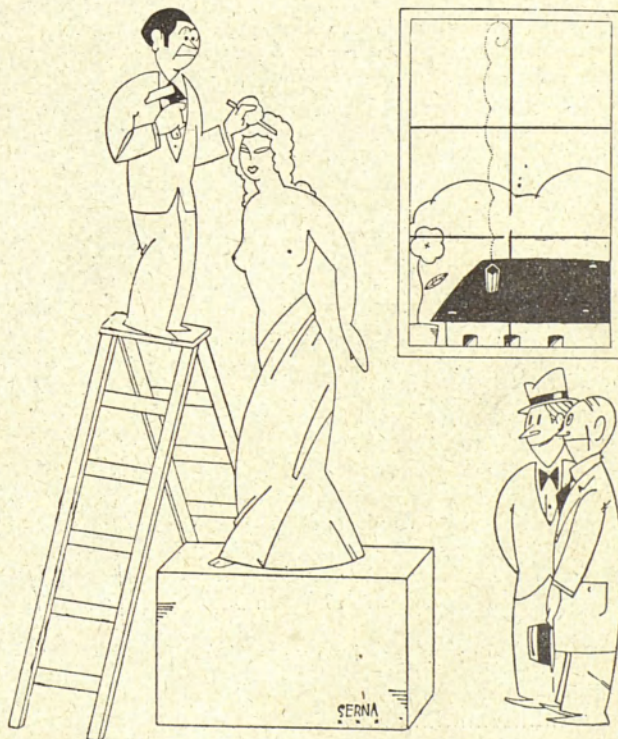
ALFREDO MATILLA



—Fíjate, Lulú; me han dicho que el coche de Pochito le han visto pasar embalado para San Sebastián.

—Chica, qué tontería; llevarlo en ferrocarril, tan divinamente como iría por carretera.

Dib. MAIRATA, Madrid.



—¡Perfecta! ¡Absolutamente perfecta!

—Como que no le falta más que hablar.

—Pues por eso digo que es perfecta.

Dib. SERNA, Madrid.

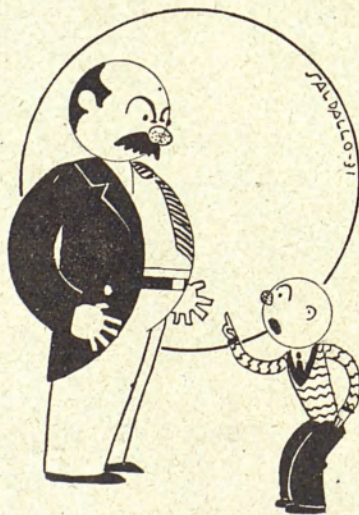


# ¡TOMANDO ER ZÓ!

—¡Hola! ¿Qué hay?  
 —Ya ve. Aquí tomando er zó.  
 —¿Zi que está güeno.  
 —¿Cómo terminó anoche aquello?  
 —¿Er qué?  
 —¡Er cañeo, home!  
 —¡Ah! ¿Pue cómo quería que terminara? Como siempre.  
 —Yo, en cuantito que vi entrá a don Curro cogí er portante.  
 —Hicite bien.  
 —E mucho hombre bebiendo.  
 —Pué a la cinco de la mañana lo dejé yo metió en gorila.  
 —¿En qué?  
 —Como er bebe el aní der mono en copas gran'es le llama gorilas.  
 —E un hombre de gracia, ¿eh?  
 —Y que lo diga.  
 —Yo en cuanto empezó a amanecer me fuí con Paquiyo, que tenía una tajá como pa ponerle un marco.  
 —Y don Curro tan fresco, ¿no?  
 —E una esponja. Ayé se bebió lo meno cuarenta cañas.  
 —¡Y sin tomó na!  
 —¡Qué va a tomó! Er dise que las tapas la han inventao los hambrientos y que no saben bebé vino.  
 —¡Valiente gachó!  
 —Ayé se empenó Marcelino en que comiera argo, pero como si ná.  
 —¡En argún día!  
 —Le dijo que no quería desperdicios, pero que como iba a está vario día en Zevilla, que ar finá le mandara un regaliyo a zu caza.  
 —¡Ozú!  
 —Ezo dise Marcelino: «¿Qué le mando yo a este hombre?»  
 —Una pianola, si quiere queá bien.  
 —Verdá.  
 —¿Tú quie tomó argo?  
 —No sé, home; porque a mí me cayeron las gambas como un tiro mellizo y he estáo vomitando bigote lo meno dos horas.  
 —Vamo a tomó un chatito de pasada, que ezo te zentará el estómago.  
 —Pue, venga; y sea lo que Dió quiera.

—Mira lo que viene ahí.  
 —¡Güena mujé!  
 —E la hija de Paco, er zereno.  
 —¡Déjamela!  
 —Tuya e.

—Guapa: en cuanto se despierte su padre le vi a desí si me quiere por yerno!  
 —Se va riendo.  
 —¡Mira qué andare!  
 —Pa comérsela.  
 —Po arrepara en lo que viene ahí.  
 —Esto e cosa fina:  
 —¡Déjamela!  
 —Pa ti e.  
 —¡Vaya con Dio lo fino y bien termináo.  
 —¿Zi que e un jazmí.  
 —¿Me gustan argo, compáre, estas mujeres tan suave?  
 —Tienen poca comía.  
 —Esta está llenita.  
 —Eza tiene menos carne que una bicicleta.  
 —¡Que no, home! ¡Que e de las que engañan!  
 —¡Que van a engañá! A esa niña la echa en er puchero un juevo santo y no peca.  
 —Po ¿y ésta que viene pa acá  
 —Esta ama ya e otra cosa. ¡Verá!  
 —¡Dale!  
 —¡A ve, reína, cuándo nos da mala noche una criaturita así!  
 —Está bien, compare; jasta er niño se ha refó.



—Papá, estás tan gordo, que pareces un elefante.  
 —¡Niño, a ver si te doy un trompazo!  
 —¡Ah! ¿Ves como pareces un elefante?

Dib. SALDALLO, Valencia.

—Es que la criatura va jinchá de comé.  
 —Como que hay que ve los *restaurantes* que tiene la *andova*.  
 (Pausa.)  
 —¡Ajay... ay... ayyyyy...!  
 —¡Y óle!  
 —¡No me acuerdo!  
 —Er qué, compare.  
 —Una letra nueva de un *martinete recortáo* que cantó anoche «Pur-mone».  
 —¡A ve si ze acuerda, home!  
 —¡Ah, sí!  
 «El verdugo está apretando l'argolla al ajusticiado.  
 L'ha dao treinta y ziete güerta, y el reo está emprocupao... Der to.»

—Está bien.  
 —¡Qué bien canturrea eza criatura!  
 —Pué mire usté lo que viene p'acá.  
 —¡Atiza; mi zeñora espoza!  
 —¡Déjamela!  
 —Eta zí que e pa ti, que yo me voy.  
 —Y viene con toa la cara e un venao.  
 —Adió, hasta luego (Se va.)  
 (Llega la cónyuge con las negras.)  
 —Y el otro sinvergüenza, ¿aónde está?  
 —¿Cuá?  
 —Er que estaba aquí con usté.  
 —¡Ah! Se ha dío ar trabajo.  
 —¿A qué trabajo?  
 —A ve pescá.  
 —¿Y usté no trabaja?  
 —Yo, zeñora, trabajo de noche: soy de la adoración nocturna.  
 —¡Valientes vagos! ¡Si golviera una a nasé otra ve!  
 —Cara como eza no iba usté a encontrá.  
 —¿También piropos? Así está usté de dergao, que tiene la cara que e un pie descarso.  
 —E que me afeitó mucho.  
 —¡Ea, po con Dió!  
 —Adió, Murzolini; vete por la zombra.

(Llamando.) ¡Niño: tráete otra de pasada!

PEDRO RISTORI MONTJO.



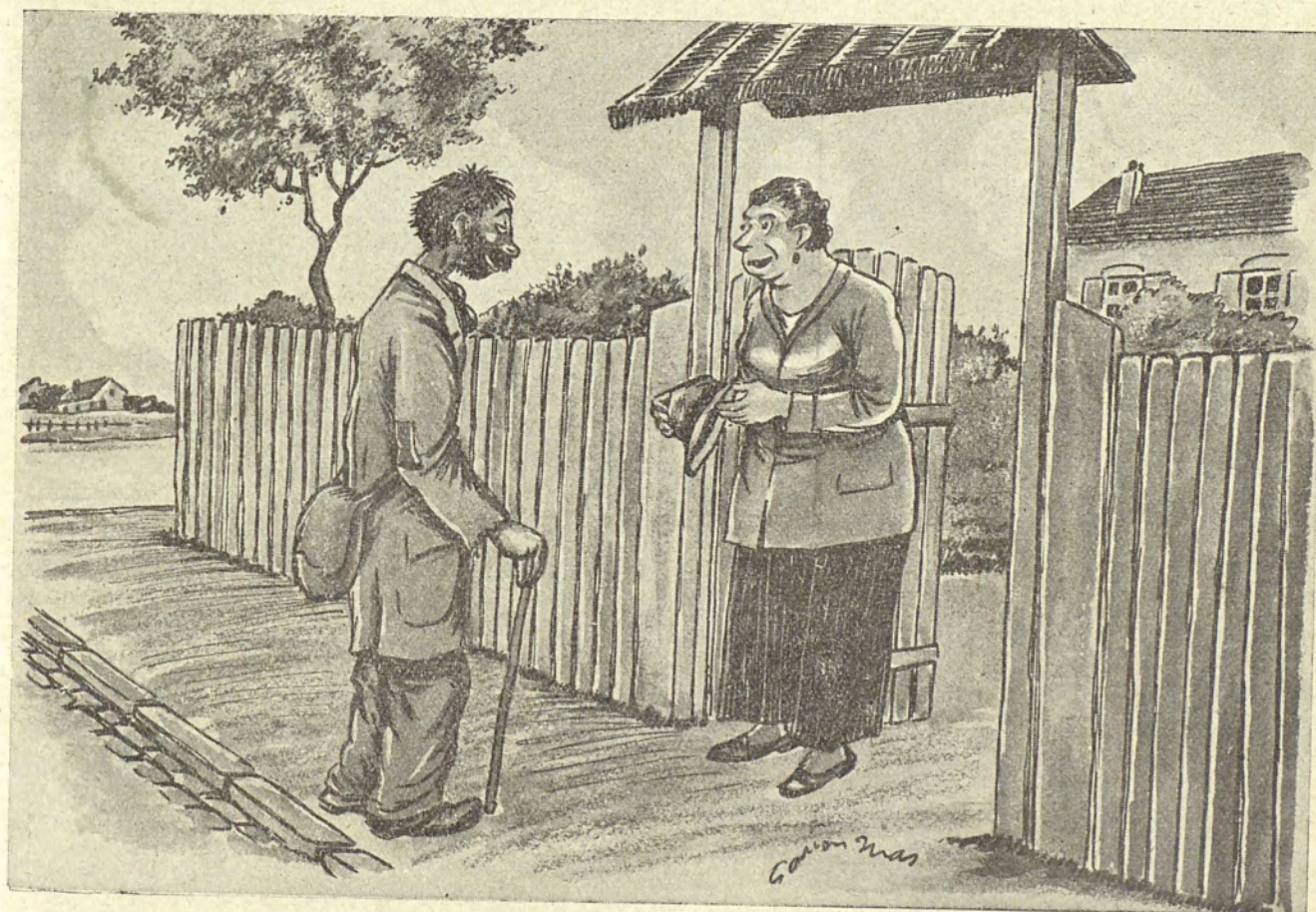
# AQUI HAY DE TODO

Lector, ¿no has parado mientes en el *cosmopolitismo* de que sin cesar disfruta la ciudad donde he nacido? Verás en ciertos comercios *napolitanas* (no digo si de cacao con azúcar o de carne y con espíritu). Luego, en las cervecerías, puedes entrar, y de fijo verás *chicas alemanas*; en varias tiendas, *suizos*, *paraguayas*, *francesillas*, y, además, *rusos* de abrigo. Verás, en medio de un corro, *húngaros* con oso y mico. ¿*Inglés*es?... ¿Quién no tropieza

con ellos, bajo cobijo o a la intemperie?... En las calles verás no pocos *chinitos* que venden a tres «peletas» unos collares muy lindos, y no se tiran *chinitas* porque no las hay a tiro, pero se enfadan a veces, con razón, si hay *guayabitos* que les quieren hacer burla o engañarles como a *chinos*. Verás *turcas* en las tascas; *judías* en el cocido; en la Carrera, *italianos* raviolis; y a *cierto sitio*, porque hay *moros* en la costa, no irás. De noche, en el Circo,

verás *extranjeros* (ora de nación, ora de oficio), mientras algunas vecinas viven haciendo su «avío» tras las «persianas», y pasan la vida fumando *egipcios*. Por último, lector caro, no verás un individuo sin su *americana* encima, y algunos, haciendo el *indio*; y, si no te haces el *sueco*, dime si no estás conmigo en que hoy da Madrid mil prueba de su cosmopolitismo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



—Pero, ¿me devuelve el sombrero que le di hace un mes?  
—Sí, señora. Es que como me está un poco grande, es mejor que lo aproveche su marido.

Dib. GASTÓN MÁS. París.



# HAY UN POBRE MAS

¡No, no huyan ustedes! ¡Comprendo su horror! ¡Un pobre más! ¡Ya creían ustedes que eso no era posible, que se había llegado a la saturación de pobres en Madrid, que ya dentro de la apoteosis actual de la mendicidad era imposible un pobre más, un figurante más! Y, sin embargo, lo hay. Soy yo. Pero no pienso pedirles cinco céntimos en este momento. Esperaré a que estén ustedes sentados, tomando cerveza y pelando gambas con gran parsimonia y tranquilidad, en la terraza de cualquier café o cervecería. Voy, únicamente, a explicarles, por si les choca verme en esta situación, cómo llegué a ella. Y también puede con ello explicarse el aumento gradual y paulatino de pobres y mendigos.

Verán ustedes. Me había quedado solo en Madrid. La familia se había ido a veranear. Al marcharse todos sus miembros, menos yo, quedé encargado de la casa. Al mismo tiempo me entregaron para su custodia todo el dinero de la familia.

Entonces empecé esa agradable vida del hombre solo, que cambia, sin vigilancias maternas o conyugales, todos los días de calcetines y de camisa, amontonando ropa sucia en un rincón del ropero. Podía también, sin que ello promoviera un conflicto, tirar las colillas al suelo, escupir donde me diera la gana y tener, a placer, todas las luces encendidas. Y dejar abiertos los grifos del baño, acostarme tarde y olvidar sin cuidado cartas interesantes en los bolsillos de la americana.

Lo que no podía era comer en casa. Y lo hacía en el café o restaurante que más me agradara. Hasta que un día se me ocurrió ponerme a comer al aire libre en una cervecería que colocaba mesas en el jardín de la plaza que tenía enfrente. Un poco me extrañó que la cervecería estuviera llena dentro y en el jardín estuviera yo

solo. Luego, ¡ay!, me lo expliqué bien claramente y comprendí que todos los que comían bajo techado y entre paredes eran hombres de experiencia acreditada.

El camarero marchó hacia el interior a cumplimentar mi pedido. Y ya en aquel momento sufrí el primer asalto. Se me acercó un pequeño ser que no pude averiguar si era niño, niña o perro en dos patas, a causa de su suciedad, de su extravagante indumentaria destrozada y de que hablaba un idioma ininteligible y extraño, monótono y quejumbroso. Le dejé hablar un poco, pero no llegué a entenderle bien.

—¡Ua... ita, ito!...—decía, y luego con los ojos fijos en el suelo seguía su recitado.

Me extrañó más el ver que tendrían sus buenos ocho años y no sabía aun hablar.

—¡Ah!—pensé—. Será un mendigo extranjero, quizá noruego...

Le di dinero y en el acto se marchó. En efecto, era un mendigo. Pero no debía ser noruego, pues en cuanto se separó de mí, en un castellano clarísimo, gritó:

—¡Anda, Chinorri, que dan!...

Y entonces, de no sé dónde, surgió el Chinorri, que era, poco más o menos, como su predecesor. Le di otras perras para quitármelo de encima.

Volvió el camarero trayendo cerveza y unos entremeses. Sonreí a la vista de todo aquello que se doraba bajo algunas chispas de sol que atravesaban y se escapaban por entre las hojas de los árboles. Me sentía feliz, contento y optimista... cuando apareció otro pobre.

—Señor, una aceituna. ¡Al menos una aceituna!

¿Qué hacer con un hombre que se contenta con una aceituna cuando vosotros vais a engullir alegremente una comida de cuatro o cinco platos? Darle la aceituna y además algún dine-



—Pues tiene usted una fábrica estupenda, y apropiado, hombre, si alguna vez le va mal el negocio y tiene que cerrar, avísame porque yo le compraré a usted un trocito de correa de transmisión para afilar mi navaja de afeitar.

Dib. CASTANY. Barcelona.

ro. Eso hice yo, que me sentía fuerte llevando encima toda la fortuna familiar.

Con la tortilla de jamón coincidieron un mico y un cojo. Me enseñaron sus muñones, me los metieron en el plato, me los hicieron examinar a fondo. La tortilla adquirió ante mis ojos un aspecto indigerible. Mi estómago se me colmó de repente, como si me hubiera comido un brazo de uno de aquellos hombres y la pierna del otro. Cogí la tortilla, rajás de salchichón, rodajitas de chorizo y las aceitunas que sobraron.

—¡Tengan! ¡Tengan!—grité echando todo en sus bolsillos, en unión de más dinero—. ¡Y váyanse! ¡Váyanse!

Se fueron muy despacito. Y ya desde aquel momento, que coincidió con unos espárragos con salsa mayonesa, no puedo precisar exactamente lo que me ocurrió. Recuerdo confusamente una larga fila que llegaba ante mi mesa, un grupo nutrido, que la rodeaba, de seres fantasmales, suplicantes, gimientes, unos gruñones, amenazadores otros... Recuerdo sesenta y tantos ciegos con sus correspondientes lazillos; catorce mujeres embarazadas; treinta y siete gitanas; ochocientos veintitrés hombres sanos y robustos que se decían obreros en paro forzoso; siete jorobados; cuarenta y cinco contrahechos; dos docenas de tuberculosos; un convaleciente de viruelas, ocho de tifus, tres cancerosos y algunos sin filiación clínica determinada...

Simultaneaba yo la visión de los espárragos, la salsa, las patatas fritas, el bisté, la merluza, la ensalada, en fin, con la de muñones cárdenos, pústulas, llagas, pupas, sabañones, vendajes sucios, deformaciones monstruosas, vientres voluminosos, rostros pálidos, voces suplicantes, imprecaciones, blasfemias, gritos amenazadores... Ya enloquecido me subí a la silla y empecé a repartir chorros de salsa mayonesa, cabezas de espárragos, trozos de carne, patatas fritas, vasos de cerveza, sifones, jarras de agua, ba-

rras de Viena, dinero, dinero, dinero... Desde el interior de la cervecería, todos, agolpados a las ventanas, me miraban; pero nadie, ni los camareros, se atrevían a salir. ¡Eran hombres de experiencia!...

Y aquella fila, aquel grupo, no se agotaba nunca. Seguí repartiendo merluza, trozos de limón, flan, queso, frutas, palillos; a uno le di un sánero, a otro los cubiertos, a otro la servilleta, a otro los platos sucios... No importaba lo que diera. Para todo había manos tendidas. Y dinero, dinero, dinero. Aquello duró mucho tiempo, mucho tiempo.

Al fin, a uno le di el vejador sobre el que había intentado comer; a otro, la silla; a otro, mi sombrero; a otro, la americana ya vacía. Y aun de la corbata, el cuello, los tirantes...

A las siete de la tarde estaba arruinado, totalmente arruinado, y en mangas de camisa. Sentado sobre el suelo reflexioné. Los pobres ya no se me acercaban. En la plaza, yo solo. Me había gastado todo mi dinero, todo el de la familia... Me había atrevido a comer al aire libre, en Madrid, en pleno verano y en apoteosis de mendicidad. ¡Caro pagaba mi ingenuidad, mi inexperiencia!...

¿Qué hacer? Lo que hice. La única solución que se me ofrecía ante la vista y ante el entendimiento, aun llenos de todo lo que acababa de ver.

Me levanté. Restregué un pedazo de barro de la arena recién regada contra mi pantalón hasta darle un aspecto convenientemente repugnante. Me desgarré la camisa; me despeiné concienzudamente; no tuve que maquillarme porque ya estaba lo suficientemente pálido y descajado por la debilidad y la lucha sostenida; me arañé un brazo, procurando que la herida se infectara pronto; me puse el pañuelo alrededor de la cabeza, como cubriendo una grave herida... y empecé a pedir...

Empecé a pedir por calles, paseos, plazas, plazuelas, escalerillas del Metro. Y, sobre todo, en las terrazas de los cafés, restaurantes, cervecerías... Pido desafortadamente, insistentemente, tozudamente...

GABRIEL GREINER.



# LAS MODISTILLAS

## CONSIDERACIONES DIVERSAS SOBRE TAN EXTENDIDO MOTIVO DE ORNAMENTACION URBANA

Las modistillas son como los guardias de asalto: cuerpos bien formados y que echan *p'atrás*.

Todos los estudiantes de Arquitectura y el noventa y nueve por ciento de las *modis*, aspirantes a estrellas de la pantalla, sueñan con el primer plano.

¡Impúberes y adolescentes del dedal! Si por vuestra faz, hechuras y demás circunstancias agravantes os ofrecen un rol (1) en alguna película y no es el de «mujer fatal», rechazadle sin vacilación. La vampiresa es lo que mejor os va, porque lleva a cabo una «labor de ganchillo».

La única explicación racional y lógica de la locura que las *modis* sienten por montar en auto no puede ser otra que el hecho de pasarse la sema-

na entera sin poder abandonar el «metro».

Los fotógrafos acreditados, los corredores de automóviles y las oficiales de sastrería se pasan la vida haciendo pruebas.

¡Varones tímidos! Escoged vuestra novia entre el gremio modisteril, que cuenta con las mujeres que menos llaman la atención. Y chocan menos por la sencilla razón de que dedican parte de su jornada a «guardar las agujas».

La inmensa mayoría de las modistillas entrega su corazón a pollos «frutita». ¿Hay alguien acaso que ponga en duda esta terminante afirmación? Pues colóquese cualquier tarde a la salida de un taller y se convencerá de que casi todas las muchachas tienen a la puerta un galán que es... pera.

Si se exceptúa al barrendero, que, como nadie ignora, ba... riendo todo el día, ningún trabajo tan optimista

como el de las *modis*, en el que todo se reduce a «coser y cantar».

A simple vista, fácil es confundir una casa de modas con un estudio cinematográfico, porque al entrar en ellas, lo primero que se observa es un conjunto de muchachas guapas y «ro- dando cintas».

¡Honradas progenitoras de familia! Impedid a toda costa que vuestras más o menos tiernas vástagas se dediquen al oficio costurero, el de más elevada demografía femenina. Rara es, en efecto, la modistilla que no acaba algún día «con media en las agujas».

Nada tan parecido a un poste telegráfico como una modistilla: ambos llevan hilos colgando, y al que manipula con ellos sin precauciones, le sacuden una «descarga».

Por regla general son más bonitas las modelos de modista que las modistas modelo.

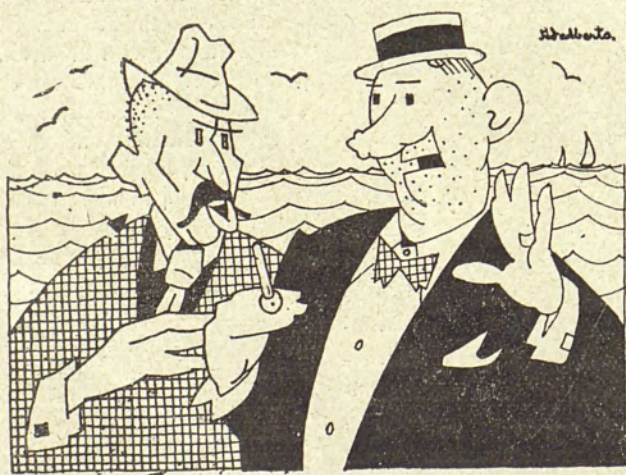
El ácido úrico en la vejez y las modistillas en la juventud constituyen una grave enfermedad que impide el sueño tranquilo y entorpece la circulación.

Un novio es herramienta imprescindible para la bordadora. Esta coloca el bastidor y en él la tela. Después llega el novio y «l'aborda»... (2).

¡Futuros aspirantes al matrimonio y a las dulzuras del hogar! No cometáis la imprudencia de casaros con señoritas maniqués. Vuestra paz será imposible. Ellas nunca podrán desprenderse del hábito de «danzar el último grito»...

...Y aquí «finiquitan» las consideraciones, por «consideración» al paciente lector, y porque estamos ya con «agujetas».

JOSÉ DE CÓRDOVA.



—Y ¿cuentan con mucha opinión para que aprueben el Estatuto?

—Sí, señor; con la Generalidad.

Dib. ADALBERTO. Jerez.

(2) ¡Perdón! Un día es un día.





La señora.—Y no retoquen ustedes la fotografía, no vayan a tomar a mi marido por uno de esos peli-  
leros que parecen señoritas.

Dib. FUENTE. Madrid.



# BAMBALINA

## DIABLAS Y TRASTOS

### HABLANDO CON DON JACINTO

La otra noche, cuando en el Teatro Fontalba aplaudía el público todo la nueva y excelente producción de don Jacinto, unos y otros, por uno y otro lado, buscaban al autor, que por ninguna parte aparecía.

¿Dónde estaba don Jacinto? Estaba—digámoslo ya—sentado en una butaca con nosotros. Afeitados barba y bigote; con gafas y bisoñé, se había sentado allí, junto a nosotros.

Y decía:

—Pero ¿por qué, Señor, querrán que salga yo a saludar a todo trance? ¿No tienen ya bastante con haber visto la obra? ¿Por qué quieren, además, ver al autor, si no es más bonito que ella?

—Estamos en tiempos de responsabilidades—hubimos de contestarle nosotros—y hay que comparecer cuando el pueblo soberano (monarcas, ya no hay; pero soberanos habrá siempre) lo reclama.

—A lo mejor, si salgo a saludar, me tira desde arriba una patata al algún partidario de Prieto.

—Es usted un coquetón, don Jacinto; desengáñese. Usted ha querido ahora desentenderse del éxito y quiso anteriormente decir en el *A B C* que ésta era una obra sin importancia, cuando es tan importante, por lo menos, como aquella mujer, sin importancia también, de la obra de Oscar Wilde.

—¿Usted cree realmente que esta comedia está bien?

—Creo que está más que bien. Creo que es una comedia de las buenas; lo tiene todo.

—¿Cómo todo?

—Es obra para el Fontalba; es obra para la actriz y para su compañía; es obra para muchos y obra también para pocos... Tiene valor y apariencia; teatralidad y enjundia; tiene todo.

—Le aconsejo si aspira usted a ser crítico, que no olvide los reparos. Un crítico tiene, ante todo, que ser des-

contentadizo. Si alaba usted nada más, no hará carrera.

—Gracias por la advertencia, don Jacinto. Luego diré de su comedia que, por tenerlo todo, tiene hasta defectos. ¿le parece?

—Muy prudente. Así la crítica de usted tendrá también de todo y para todos.

—Y díganos, don Jacinto, ¿cómo puede usted escribir obras tan buenas, y además tan adecuadas, sobre todo escribiendo, como usted, en tan poquísimos tiempos? Porque usted ha tardado pocos días en escribir esta obra. Yo estaba en San Sebastián y pude verlo: dos o tres días a lo sumo, el primer acto, y otros tantos el segundo...

—No merece ninguna comedia que se le dedique más tiempo; el público se toma menos tiempo en patearla.

—A mí no me asombraría que la obra fuera buena; a mí lo que me asombra es que, además, parece escrita a medida: papel así y así para la dama; papel así y así para Simó...

—Queriendo estrenar comedias, o las escribe usted así, o está perdido. Al Fontalba no debe usted mandar una obra de alpargata... Si quiere usted entrar con buen pie, que el pie vaya calzado de charol; con suela de crepe, si acaso; pero de cáñamo, nunca...

—Usted ha sido, sin embargo, don Jacinto, el autor de las comedias campesinas más gloriosas de estos tiempos.

—De éstos, no; de los otros... Ahora en éstos mentar los temas agrarios es como mentar la sogá...

—¿Qué atroz es usted, don Jacinto!... ¡No puede usted prescindir de sus alfilerazos de siempre!

—No prescindiendo, en efecto, como usted dice muy bien, de los «de siempre», que no son precisamente alfilerazos a izquierdas, sino más bien —y a veces mayúsculos: recuerde usted que soy el autor de *Alfilerazos*—a diestro y siniestro... El atroz

no soy yo; es ese al que le llaman «Respetable»; en cuanto hay algo que vaya contra alguien, en seguida ovacionan clamorosos, como si aquello fuera realmente, en vez de leve pinchazo, la estocada de la tarde. ¿Es que no hay, por ventura, en la comedia, ningún valor artístico de veras que merezca un aplauso cerrado?

—Hay varios.

—Pues entonces...

—Es que, además—y quizás sin darse cuenta—culminó en aquella frase la admiración contenida durante más de dos horas ante dos magnos trabajos, compenetrados los dos: el de usted al crear el personaje, y el del actor al decirlo... No es nuevo que Ricardo Simó Raso ponga cátedra, pero siempre nos asombra la perfección; y la suya fué asombrosa. Porque su labor consiste en hacer que no hace nada, haciéndolo todo, no obstante; sabiendo—y ¡de qué modo!—el peso de cada palabra; el valor de los acentos y las pausas... y todo como si no... ¡Eso es saber trabajar!... Por eso el aplauso, en rigor, fué un cierre total de cuentas al actor, al autor, al tipo...

—¿Le parece a usted realmente que ese tipo de portero está bien observado?

—No, señor; ¿qué ha de estar observado, no, señor! ¡Está inventado, creado! No está «sacado» de la realidad... ¡Eso se queda para los notarios de pueblo que van a la realidad a levantar acta! ¡No es eso!... Ese personaje está no «sacado» de la vida, sino traído a ella por usted. El poeta da la vida; vida sacada de sí mismo, y ¡ya es bastante! ¿Qué más realidad viva que la realidad creadora del poeta dramaturgo cuando es lo uno y lo otro?

—De modo que el portero le ha gustado.

—Me ha gustado y me ha partido; porque yo, en una comedia, tengo un portero que se ilustra gracias a la



documentación humana que la portería le proporciona y gracias a quedarse, en los veranos, dueño de las bibliotecas de los inquilinos de la casa, que están fuera... Tengo escrita esa comedia desde que era pequeño, pero si algún día la estreno, me van a decir que ese tipo es hijo de su portero. Y no es que el abolengo me disguste, pero lo que es pues es, y no parece bien que mi portero vaya a cargar con un padre que no tuvo que ver nada con la madre...

—No se olvide usted, por Dios, de ponerle a la obra reparos.

—Pero ¡si no he dicho aún lo bueno que hay en la obra!...

—Eso no es tan esencial... Usted ¡atice!...

—Pues mire, don Jacinto, no me gusta que haya en la comedia un prurito de hacer constar que la mujer, la protagonista, es buena y que el otro. Tomillar, es bueno también, y es noble, y es orgulloso.

Que la bondad sea eso—sacar una mujer fincas al prójimo ofreciéndole el pago en... especie, a fin de mejorar la posición del hombre que la gusta—: y que la nobleza y el orgullo consistan en aceptar los dineros y hasta aceptar los destinos que una mujer nos proporciona por tal medio, es algo como para estarlo discutiendo en sesión permanente, único modo de que se haga la luz—la luz del alba—después de la discusión...

—Entonces, ¿por qué admira usted, en resumidas cuentas, mi comedia? Porque eso precisamente es en ella lo principal: el título mismo lo indica: por encima va—en el jazz y en nuestras vidas—el estruendo y la discordancia: la melodía—la bondad—va por debajo...

—Sí, va; todo eso es cierto: pero eso lo haré dicho varios, lo puede hacer cualquiera, y no es, de todos modos, arte de importancia. En cambio, lo demás es arte de primer orden y sólo usted, hoy por hoy, sabe hacer eso en España.

—¿Y qué es para usted «eso»?

—Pues hacer un retrato de mujer de cuerpo entero—vivo, complejo, sutil—y hacerlo como usted lo ha hecho ahí: sin forzar el dibujo, ni caer en insistencia ni artificio; con sólo dejarlo vivir y con sólo rodearlo de personas que con un lenguaje suelto y prodigioso van dándose a conocer con gracia, con verdad, con sobriedad. Eso es lo que usted ha hecho. Y ha hecho más: presentar a la figura retratada en una peripecia dramática sutil, justísima en su complejo: la sublimación de un cariño que no puede ser vivido de otro modo por una porción de razones, entre otras las que usted dice muy bien al llegar el acto tercero y que dijo mejor, por su parte, Carmen Díaz.

—Carmen dijo muy bien la obra toda.

—¡Toda! La dijo y la hizo. Puede que no hayamos visto jamás a Carmen Díaz tan natural, tan segura, tan justa en todo momento y enriqueciendo el trabajo con una variedad extraordinaria de matices.

—Todos estuvieron bien, para ser justos.

—Todos, efectivamente; y—aparte de Simó—Rafaela Satorres. ¡Qué dicción y qué ciencia para hacer, de casi nada, una interpretación encantadora!

—Bueno, pues esas razones que dijimos tan bien—según usted—, lo mismo Carmen que yo, ¿no son razones de persona buena?

—Pues hombre, yo creo que no; son razones de persona de conciencia, que no podría ser mala sin sentir remordimientos en caso de llegar a transgredir el concepto personal—algo arbitrario—que se ha hecho del bien en sus adentros, un bien formado de capricho y componenda, de eso que, popularmente, llaman «buen corazón» las sostenidas.

—A usted le parece, entonces, que ese concepto del bien, un poco acomodaticio, podrá no ser aceptable en pura ética, pero es un concepto del bien, un errado concepto del bien,

muy propio de esa clase de personas.

—Exacto, sí; don Jacinto. Lucila, para estar bien retratada, para acabar de estar bien, debe pensar de ese modo.

—Entonces hago bien y cumplo mi deber de dramaturgo poniendo en cada persona los errores que le son característicos.

—Si esa idea, reiterada y repetida, no es de usted, sino de ellos; si ese concepto de bondad—cierto o no cierto—es un rasgo más del retrato, yo lo apruebo en absoluto.

Don Jacinto chupa el puro. Nosotros añadimos:

—Usted, a lo mejor, ha dejado que el equívoco subsista, porque hay entre las gentes muchas personas a quienes no les basta con que el dramaturgo retrate y presente personajes diciendo: «Así es». Para una porción de gentes no tiene sentido el «ser»; no les parece completo que una persona «sea»; necesitan que «sea buena», o que «sea mala»: que «sea noble», o que «sea miserable», a fin de poderla aplaudir en un caso y aborrecer en el otro...

Don Jacinto chupa el puro...

Se ha cansado ya de hablar y no responde nada...

MANUEL ABRIL.



—No, mamá; ese telegrama no es de papá. No tienes más que ver la letra, que no es la suya.

Dib. PONITO. Jerez.





# DEL BUEN HUMOR AJENO



## LOS DIENTES DE ALBERTITO

Por KALMAN DE MIKSZATH

Suele a menudo tratarse del valor que se da a los cuadros, diciendo: «No es natural que un pintor pueda ganar por un solo cuadro más de lo que un hombre de Estado, un ilustre abogado u otro cualquiera puede adquirir con el trabajo de toda su vida.»

Por esto no dejó yo de apreciar a los pintores: pero, la verdad, tengo también ciertas dudas. Por ejemplo, no cabe en mi cabeza el que una granja con un bosquecillo detrás y algunos bonitos árboles pintados sobre un lienzo pueda costar más caro que si todo aquello se comprara al natural. Seguramente debe de haber en todo eso algo de locura o extravagancia. Pero ¿por qué la locura ha de tener una base más pequeña que la razón? Una y otra se encuentran en el hombre. Se puede construir lo mismo sobre una que sobre otra, y es igualmente necesario el que ambos factores sean tomados en consideración.

Con objeto de aclarar esto, voy a contaros una historieta.

Dos años hace nos disponíamos a almorzar y estábamos saboreando la sopa, cuando de pronto sonó algo sobre el plato de Albertito.

El niño palideció, quedándose mudo. Volví el rostro, y dentro de su plato descubrí como un grano de arroz, a pesar de que la sopa no era de esa gramínea.

—¡Dios mío, su dientecillo!—gritó asustada la madre.

Efectivamente, eso era: su diente. El niño se lo quedó mirando muy asombrado, abriendo los ojos desmesuradamente... y soltó la cuchara.

Pero su madre corrió hacia él, con gran prisa, llevando su propia cuchara para sacar el diente del plato.

—¡Alto ahí, el diente es mío!—grité yo. Y mi cuchara entró también en el plato para buscar el diente, tropezándose con la cuchara de mi mujer.

—El diente es mío—dijo ella.

—No lo doy—dije yo—. Mandaré que me lo engargen en oro para llevarlo colgando de mi cadena.

—Yo mandaré que me hagan «un dije» para mi brazalete.

Aquello llegó a convertirse en una verdadera disputa. Las dos cucharas luchaban en el fondo del plato para evitar que una de ellas lograra sacar el diente de la sopa.

Al fin se me ocurrió la idea de plantear una proposición, contando de antemano con que el niño me quiere más a mí.

—Que decida Albertito. El diente es suyo, y sólo él tiene derecho para decir a quién de nosotros dos corresponde.

El niño se quedó perplejo un instante; pero como estaba próxima la Navidad y era yo quien tenía la costumbre de entrevistarme con los Reyes Magos durante aquellos días, fué a mí a quien adjudicó su diente.

La madre se puso triste. Entonces Albertito, deslizándose de prisa por debajo de la mesa, saltó sobre las rodillas de su madre y comenzó a acariciarla, remedio seguro contra su pena, diciendo:

—No te entristezcas, mamá. Tengo otro diente, y se me está moviendo...

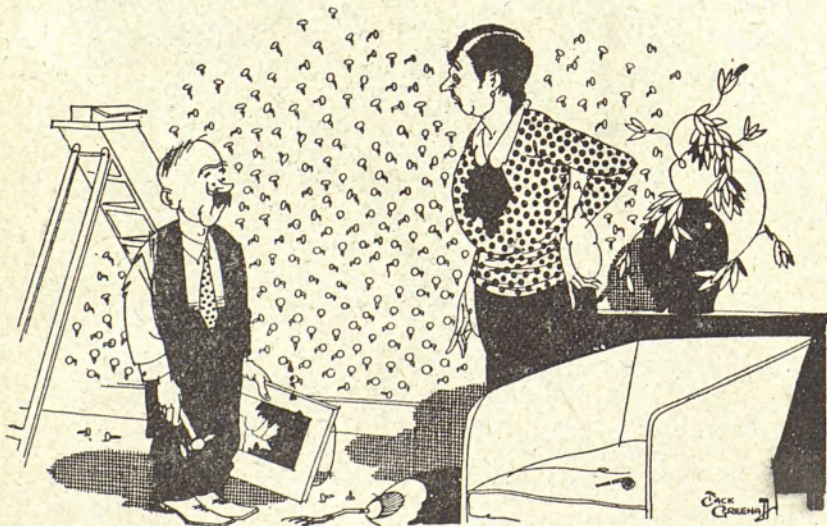
Por lo que a mí hace, hice que me engargasen en oro el diente de Albertito, que parece el corazón minúsculo del cáliz de una blanca flor. Lo llevo colgando de la cadena de mi reloj, y han sido varias las personas que me han preguntado:

—¿Qué piedra preciosa es esa tan extravagante?

Yo he respondido siempre:

—Todas las piedras preciosas son extravagantes; pero ésta es la única verdadera y de valor.

Poco tiempo después de aquello, mi mujer recibió también su diente, y, lo mismo que yo, lo mandó engargar en oro. Después vino a visitarnos una tía de Albertito, y como el niño tenía otra vez un diente que se le movía y le impedía comer, pero al cual no permitía que nadie tocara, la tía prometió a Albertito un billete de cien florines si la dejaba arrancárselo, asegurándole que la encantaría el llevar siempre consigo un diente como aquél.



El marido.—Ahora dime en qué clavo quieres que cuelgue el cuadro, para ir quitando los demás.

(De *The Passing Show*.)





El ladrón del hotel (buscando el cuarto del millonario).—Usted dispense, caballero; ¿es este el cuarto número 37?

(De The Humorist.)

Al oírla, Alberto consintió en que le extrajeran el diente, y la tía hubo de cumplir su promesa, comprándole por cien florines un título de la Deuda. Pero el niño no quedó con aquello satisfecho. ¿Para qué servía aquel papel? Ni siquiera tenía monos pintados, y, además, ¡había tantos papeles en la casa para hacer pajaritas!...

Resolvió, pues, que de allí en adelante sacaría mejor partido de los dientes que le quedaban. ¡Como el hombre no pierde los dientes más que una vez!... ¡Si al menos se le cayeran todas las semanas!...

No; en lo sucesivo ya no obraría tan de ligero, y tendría buen cuidado de no traicionarse diciéndole que tenía algún diente flojo.

Así es que cuando se le cayó el cuarto diente no dijo nada y, envolviéndolo con gran precaución en un papelito de seda, muy en secreto y sin que nadie le viese salió de su casa dirigiéndose hacia la tienda de juguetes de Antal Marozil, situada en el extremo de la calle de enfrente.

El anciano Marozil, que conocía muy bien al niño porque era uno de los más fieles clientes de su bazar, le sonrió amigablemente desde detrás

de las muñecas, las vacas de madera y los caballos de cartón.

—¿Qué deseas, Albertito?

El niño se adelantó irresoluto hacia el mostrador, vacilante como un ciego, pues las miradas se extraviaban entre tanto como allí había que ver: los carritos, los borriquillos que movían la cabeza, las cajas de soldados, los castillos... ¡Oh, quién sería capaz de enumerar tantas cosas!...

Llegado al mostrador, sacó del bolsillo el paquetito, lo colocó delante del tendero, y dijo:

—Quiero por esto juguetes.

El viejo Marozil desenvolvió con gran cuidado el paquete y vió, todo sorprendido, que dentro de él había un diente de niño.

Parecióle a Albertito que el viejo vacilaba, y, juzgando el trato como una cosa segura, balbuceó:

—Por todo eso...

Y como el bueno de Marozil era un poco sordo, el niño volvió a gritar:

—¿Comprende usted? Por todo eso...

Marozil admiróse de la ingenuidad del chiquillo, y le replicó sonriendo:

—Mi querido Albertito: el tío Marozil no puede dar nada por este diente.

Al que le tocó admirarse entonces de la tontería de Marozil fué a Albertito... ¡Que no daba nada por el diente! ¡Cosa incomprensible! Todo avergonzado, corrió hacia su casa y comenzó a gritar desde la puerta:

—¡Imagínate, papá: el burro de Marozil no ha querido darme unos juguetes por mi diente! ¡Y hasta se ha reído de mí!

Yo hube de explicarle que él tenía derecho a pensar que sus dientes valían mucho, ya que le habían comprado uno por cien florines; pero que Marozil no era un burro al pensar de otro modo, porque jamás había entrado nadie en su tienda a pedirle dientes de Albertito.

Y en este breve relato está contenida la solución del asunto de los cuadros.

Si Albertito hubiera tenido cien tías lo suficientemente ligeras para ofrecer por sus dientes sumas fabulosas, entonces Marozil habría comprado también a buen precio los dientes de Albertito. Los mercaderes de cuadros se basan en este principio, y mientras haya en el mundo amateurs locos, los cuadros seguirán valiendo también sumas disparatadas.



# EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en una aparte**, aunque al publicar se los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el **Concurso de chistes**».

Concedemos un premio de DIEZ PESETAS al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuren como autores de los mismos.

## AMADOR FOTOGRAFO PUERTA DEL SOL, 13

### CHISTE ANDALUZ

—¿Cuál es el arma que ni pincha, ni corta?

—El «armanaque».

Antonio del Campo (Palencia).

### EN EL DESPACHO DEL JEFE

—Señor Gómez: Le tengo que amonestar a usted muy duramente porque no trabaja usted nada. Vamos, es que ya no es usted un vago: es usted un vagón.

—No le extraña, mi jefe, que sea un vagón, porque para eso estoy empleado en ferrocarriles.

Alejandro Salcedo (Madrid).

## "LA CORUÑA" RESTAURANT

Alcalá, 4, teléfono 14.000.

El restaurant más conocido y popular de Madrid. Excelente servicio. La casa preferida por el público madrileño.

### ENTRE FOGONEROS

—Oye: ¿En qué se parecen los vagones del ferrocarril a un bañe de la aristocracia?

—En que van de etiqueta.

Jesús Marcén (Madrid).

—¿En qué se parece Rusia a un paraguas que sólo tiene la armadura?

—En que le falta la «telas».

Juanduarte y Estebangómez

*El premio correspondiente al chiste del número anterior ha correspondido al siguiente:*

Un turista de Berlín (en las montañas de Liébana).—¿Cuáles son las cosas más notables que se pueden ver aquí?

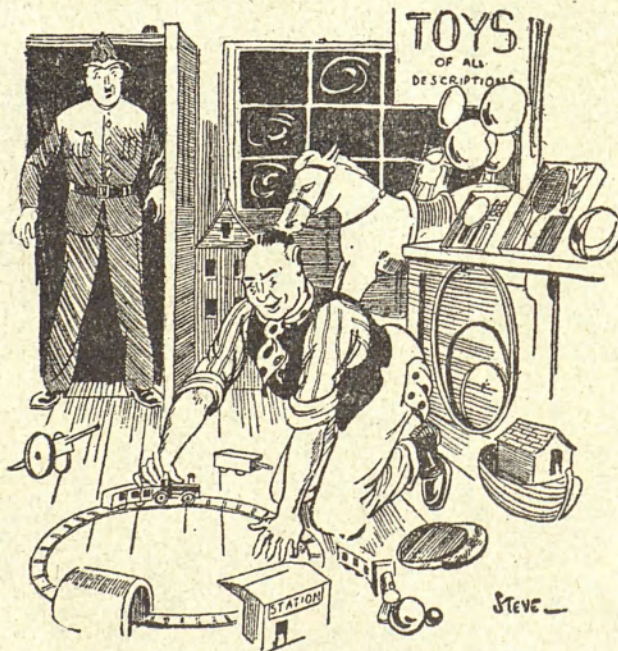
Un aldeano.—Para las personas de Berlín las montañas, y para los naturales de aquí, los turistas de Berlín.

ELADIO MALO (Tetuán).

### ENTRE CHOFERES

—¿Qué hay, Teodoro? Me han dicho que ya no estás en el taxis.

—No, chico; estoy en una casa que cuando voy con el señor o la señora, hasta los guardias me saludan.



El ladrón que asaltó una tienda de juguetes.  
(De Cándide.)

—¿Estás con un coche oficial?

—No, con la Empresa de Pompas Fúnebres.

Manuel Salgado (Madrid).

El juez (al acusado): —Me parece haberlo visto a usted en alguna parte.

El acusado: —Sí, señor juez. Le dí lecciones de canto a su hija.

El juez: —¡Cadena perpetua!

Benjamín López (Madrid).

### EN LA CARNECERIA

Carnicero: —No le aconsejo que lleve este corazón; es de ayer y está muy duro.

Cliente: —Con razón el de mi suegra está tan duro, si ya tiene sesenta y dos años.

Partagás (Melilla).

## Casa de las PANTALLAS

Freciosas, desde 2 pesetas. Aparatos de comedor cuya luz facilita la digestión, desde 18 pesetas. Sólo los tiene Romero.

ROMERO.—Fuencarral, 68.

—Oye, Juan: este perro debe ser muy inteligente; atiende muy bien a todas las voces.

Juan: —Sí, sobre todo a la voz de la carne.

J. P. V. (Ain-Zora).

—Fíjate, la baja de la peseta lo que es:

Mi abuela tenía trescientas pesetas debajo del colchón hace un mes y ayer ya las tenía debajo de un ladrillo.

Pinfano (Melilla).



EN EL BILLAR

—Ha perdido... Sesenta...  
—Paciencia.  
—¿Usted sabe jugar? Es raro que en sesenta tantos no se haya estrenado.  
—Como que he entrado aquí por retroceso y carambola.  
Baltasar González (Huelva).

¿Su alojamiento en Madrid?

No debe preocuparle.

La moralidad y seriedad de esta casa es proverbial; la directa vigilancia del propietario; la mesa, excelente; el trato, afable. Todo contribuirá a hacerle agradable su estancia en la Corte.

**HOTEL IMPERIAL**  
Montera, 22.—MADRID

—El otro día me insultó esa señorita.

—¿Cómo?

—Me preguntó si sabía bailar.

—Eso no es un insulto.

—No; pero es que yo estaba bailando con ella cuando me hizo la pregunta.

B. Ibáñez (Valencia).

EN CASA DEL SACERDOTE

—Padre, venga pronto, que mi hermana está muy grave.

—Bueno, ahora iré. ¿Llamaste al médico?

—¿Para qué? ¿No es usted cura?

—Sí, hijo mío, es verdad; pero más cura el médico.

Jesús González (Valladolid).

**José Guillamón**

Calefacciones.

Instalaciones independientes.

Sagasta, 7, duplicado.

Teléfono 33875

En la iglesia, al bautizar a un moro de veinte años.

El cura: —Te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén...

El musulmán, interrumpiéndole: —Tenga la bondad de poner agua caliente y un poco de champú.

Navaquel (Barcelona).

—¿En qué se parece un gato a una reina de belleza?

—En que al gato se le llama «miss», y a la reina de belleza también se la llama «miss».

Un asturiano (Madrid).

—He encontrado el movimiento continuo vendiendo vajillas a plazos. Mientras van pagando, se va rompiendo la mercancía,

**BARCELONA**

**HOTEL PENSION**

**BEAUSEJOUR FRASCATI**

Paseo de Gracia 23  
Casi frente Estación  
Apeadero de Gracia  
Teléfono 20745-46

Cortes. 647  
Teléfono 11642

De primer orden para familias distinguidas y extranjeros. Trato esmerado. Baños, ascensor, Pension desde Ptas. 12'50. Cubiertos Ptas. 3'50.

Descuento del 10% a los portadores de este anuncio

y tienen que reponerla; así, nuevas ventas y nuevos plazos.

El amo del campo sonríe satisfecho (Barcelona).

Entre el estanquero y un baturro que iba a franquear una carta:

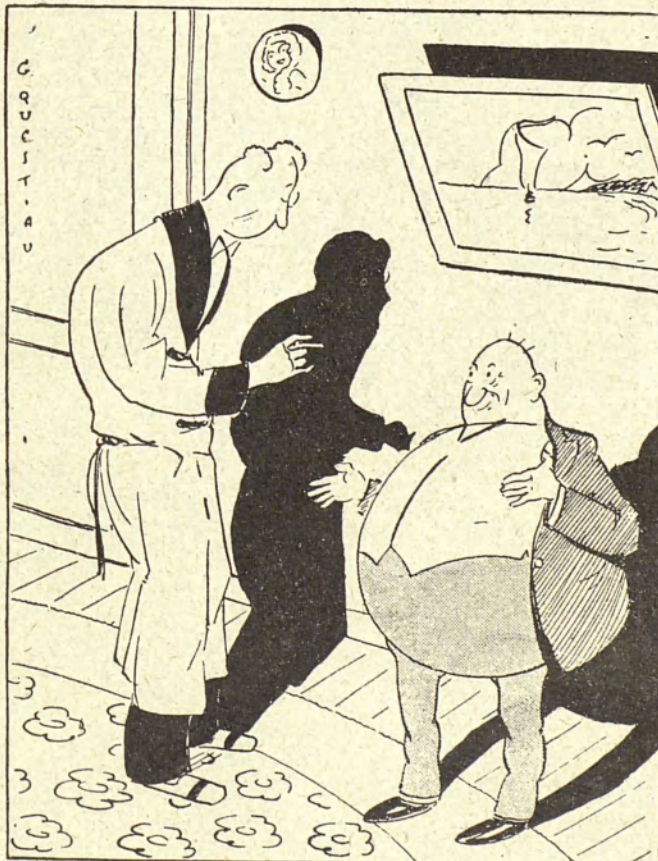
—Esta carta pesa mucho—dijo

aquél—; hace falta otro sello.

—Pus con otro, aún pesará más.

K. Melitos (Castellón)

En un restaurant barato sirven a un cliente una cabeza de cordero sin sesos, porque se los hab'án comido en la cocina.



—¿Usted cree en la metempsicosis?

—Ya lo creo. He visto muchos malos conejos que después de muertos se han convertido en magníficas martas cibelinas.

(De Le Rire.)

Al notarlo el parroquiano, llama al camarero y le dice:

—Mozo, ¿no tiene sesos este cordero?

A lo que contesta el camarero:

—No, señor: era poeta...

Carlos de León (Madrid).

**VEGUILLAS**

Veguillas. Alhejas de ocasión.  
Veguillas. Máquinas fotográficas  
Veguillas. Máquinas de escribir.  
Veguillas. Pianos y autopianos.  
Veguillas. Artículos de viaje.  
Veguillas. Objetos para regalos.  
Veguillas. Verdaderas gangas.  
Veguillas. Leganitos, 1  
Veguillas. Infantas, 26  
Teléfono 16902

LA SOCIA-LISTA

Cinco amigos poseía la encantadora Teresa a costa de ellos comía como la mejor princesa.

De por sí era zalamera; a los cinco conquistaba, y lo hacía de manera que ninguno se enteraba.

Las amigas criticaban la situación de Teresa, y más trajes la cortaban que en la sastrería inglesa.

—Es una mujer con vista, tiene un hermoso partido, pero siempre en el sentido de ser una socia-lista.

León Zembrano (Madrid).

**Federico Brihuega**

MATERIAL ELÉCTRICO

CARMEN, 28—TELÉF. 10804

Pepito y Luis frente a un espartaco.

Pepito: —Oye, Luis, ¿te gustan esos bombones?

Luis: —Más que el pan solo.

Pepito: —Y a mí también.

Rivramz.

**CUPON**

Correspondiente al núm. 514 de BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el concurso permanente de chistes o como colaboradores espontáneos.





# Correspondencia muy particular



**P. L. G. (Zaragoza).**

Ya hemos dicho muchas veces que no queremos sandeces.

¿Cuándo se van a enterar, ustedes los sandíos, de esta irrevocable resolución nuestra?

**Don Modesto (Jerez de la Frontera).**

¡Hay que ver cómo me ha

la cabeza Don Modesto!

¡Qué lata más espantosa!

¡Qué prosa más horrorosa!

¡Señor! ¿Hay derecho a esto?...

**M. S. F. (Madrid).**—Queda admitido su cuento de Navidad, pero no para publicarlo en estas Navidades que vienen, ni en las otras, ¡ni en las otras!, sino en las otras... ¿Nos comprende usted bien? ¡En las Navidades del año 1934, queremos decir! ¡Si no le conviene la fecha, avísenos, y renunciaremos a publicarlo, que es lo que nos parece mejor de todo!

## FRANCISCO DIEZ PAUPERIÑA

Nuestro muy querido amigo señor Díez Pauperiña, presenta siempre en su establecimiento de la calle de la Magdalena, número 32, las últimas novedades en papelería, objetos de escritorio y artículos de piel.  
Teléfono 15125

**P. D. R. (Almagro).**—De su colección de envíos, le diremos que los versos bucólicos y campestres no nos sientan bien al cuerpo, y que el artículo titulado «El profesor de piano» concluye con un chiste que ya escribió Pérez Zúñiga cuando todavía tenía la barba negra y algo más corrida que en la triste actualidad.

**L. V. T. (Lugo).**—Su cuento es posible que pueda publicarse algún día en las páginas iconoclastas de «Buen Humor». ¿Que qué día? ¡El día que hayamos fallecido todos los que actualmente lo confeccionamos, que somos la única rémora que hay por ahora para que el susodicho cuento se publique en seguida!

Como verá usted, todo es cuestión de esperar un poco. Y con la ventaja de las enfermedades respiratorias que sobrevienen siempre en las cercanías del feo invierno, tal vez no tenga usted que esperar tanto como se figura. A lo mejor la hemos diñado todos la semana que viene, y no ha quedado en España más humorista que usted.

**Q. S. N. (Castellón de la Plana).**—Su desmejorado artículo

acaba de perecer a nuestras manos, víctima de una saña cruelísima, de la que nos hemos arrepentido cuando ya era demasiado tarde. Perdónenos, pero le juramos que no lo volveremos a hacer más... hasta que usted nos envíe otro parecido, que suponemos que no tardará mucho en ocurrir.

**B. G. F. (Almería).**—Si usted no tiene otra cosa más urgente que hacer estos días, puede enviarnos su firma (las inicia-

les no bastan) para proceder a la publicación de su artículo en el momento en que tengamos un rato disponible y un hueco en el periódico para introducirle dignamente.

**Gerardo (Madrid).**

Su «Relato deshonesto» se nos ha marchado al cesto. ¿Qué le ha parecido esto? Seguramente, funesto...

¿Verdad que sí, admirable y conspicuo Gerardo de nuestra alma?

**M. F. P. (Palma de Mallorca).**—No ha tenido usted la suerte de conmovernos con esas muestras de su peregrino ingenio. Son muestras sin valor, que dicen en Correos.

**Canuto Rodríguez (Valdepeñas).**

Se ha empeñado el buen Canuto en demostrar que es muy bru-

to...  
¡Y de qué manera más brillante lo ha conseguido!... ¡No ha podido ser una demostración más categórica!... ¡Estamos verdaderamente asombrados!...

**EL REY DEL ORO  
en hojas.**

**El rey de las brochas.  
ZOILO GONZALEZ  
8, Corredera Alta, 8**

**P. C. J. (Huelva).**—Es usted un redomado malandrín con incrustaciones de redomado follón. Y no decimos más porque se nos hace tarde.

**G. de R. (Zamora).**—Nos duele toda la cabeza (y la mayor parte del tronco) de repetir que no nos emocionan los desafue-  
ros humorísticos elaborados a propósito del fútbol. Usted es el ciudadano número noventa y tantos mil a quien se lo decimos humildemente, cristianamente y amoscadamente.

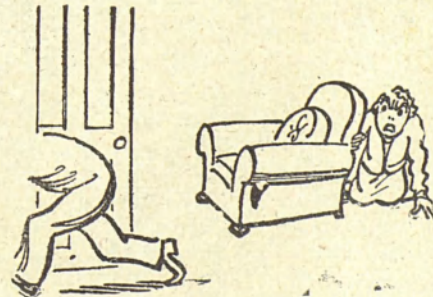
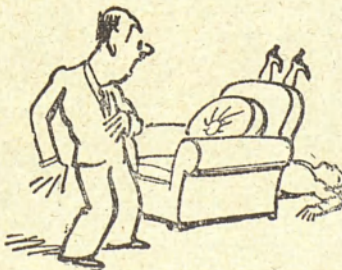
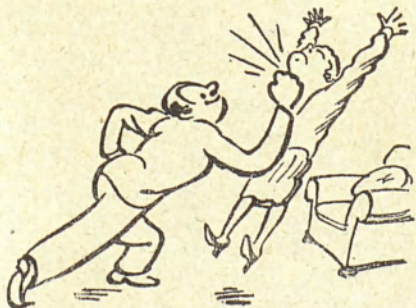
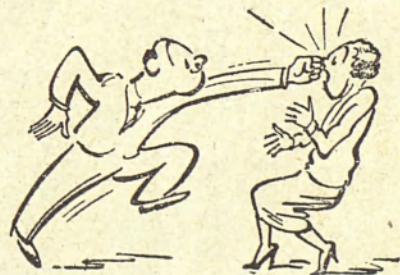
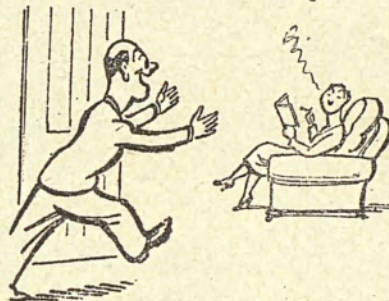
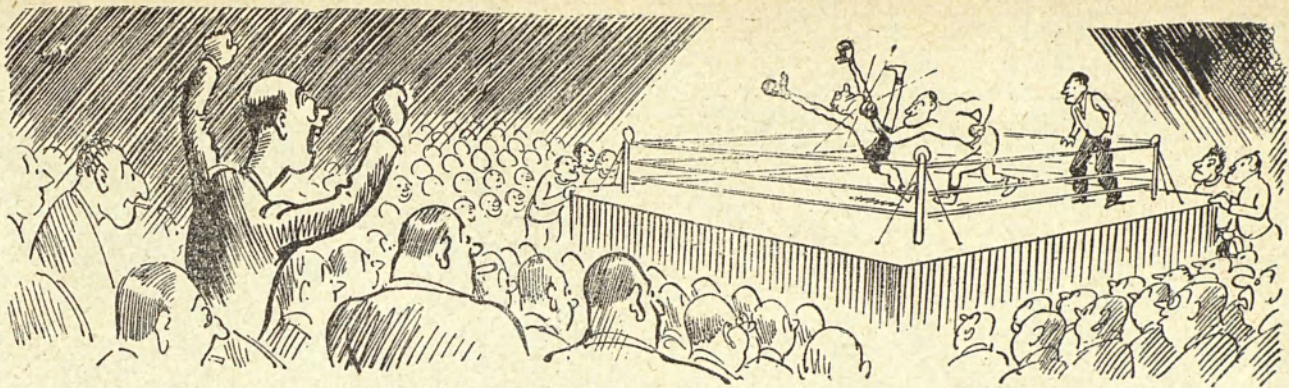


—Me quedo con su reloj. ¿Tiene usted algo que decir?

—Sí, señor: que se adelanta cinco minutos.

(De *The Humorist*.)





UNA EXPLICACION CLARA

(De London Opinion.)



# BUEN HUMOR



El respetable público.—¡¡ Bestia !!!... ¡¡ Canalla !!!... ¡¡ Asesino !!!... ¡¡ Agrario !!!... ¡¡ Idiota !!!...  
 El espectador ingenuo.—¡ Anda, éste debe de ser ese delantero que dicen que tiene tanto nombre !

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO. Guindalera.